

Controversia

¿Qué filosofía se enseña?

Xiomara García
Natasha Gómez
Pedro Luis Sotolongo
Rafael Hernández

Rafael Hernández (moderador): En varias ocasiones, *Temas* ha abordado los problemas de la filosofía en Cuba; en el número 3, de 1995, dedicado al marxismo; en una Controversia publicada en el número 18-19, de 1999; así como en ensayos dispersos a lo largo de estos años, como fueron algunos del número 15, centrado en los valores, desde diversas perspectivas filosóficas. De manera que no es la primera vez que la revista se interesa por esta problemática.

Hemos convocado a personas que trabajan en distintas instituciones, tanto en la docencia, como en la orientación de los estudios filosóficos. Además de los panelistas presentes, también invitamos a otros, de la Escuela Provincial del Partido Olo Pantoja, del Departamento de Marxismo del Ministerio de Educación Superior, de la Escuela Superior del Partido Níco López, que no pudieron participar por distintas razones.

La primera pregunta es: ¿por qué se enseña la filosofía en todas las carreras y planes de estudio, a personas que se forman para ser trabajadoras en los sectores de la salud, del turismo, de los deportes, a ingenieros, médicos, técnicos agropecuarios, mediante cursos regulares, y también en los programas de la universalización, incluyendo la televisión? ¿Por qué se considera una asignatura básica?

Natasha Gómez: La adopción de la enseñanza de la filosofía marxista en Cuba no es resultado de un debate teórico interno del país, sino de una decisión política. No está en manos de las Comisiones de carrera decidir si en una especialidad se integra, por ejemplo, la asignatura de Ecología, en lugar de la de Filosofía marxista en sus

Panel de discusión realizado el día 27 de marzo de 2008, en los Estudios de Animación del ICAIC.

distintas variantes. En la Revolución cubana se tomó conciencia muy rápidamente de que la hegemonía no es solo un hecho de praxis social, sino de ideología, y que hay que fomentarla. Entonces, se masificó la enseñanza del marxismo. Dentro de las acciones institucionales más importantes para generalizar su enseñanza está, por ejemplo, la constitución de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria (EIR), que se fundaron en diciembre de 1960. En 1962, la Reforma universitaria dictaminaba, en su segunda parte, la asignatura Filosofía marxista, en tres partes: materialismo dialéctico, materialismo histórico y economía política.

Otra decisión que no es consecuencia del debate interno ni de la madurez teórica de la intelectualidad cubana, tiene que ver con el tipo de marxismo que se adopta en Cuba. En el primer lustro de los años 60, conviven dos tendencias fundamentales. Por un lado, un marxismo denominado *soviético*, que influyó grandemente en la enseñanza masiva, sobre todo en las EIR, así como publicaciones de amplia circulación, como el periódico *Hoy, Teoría y Práctica*, órgano de estas escuelas y, en cierta medida, *Cuba Socialista*. El otro tipo de marxismo estaba representado por personas de formación emergente, no prejuiciados por los cánones del «marxismo soviético». Se manifestó en las publicaciones de carácter cultural, y también en la enseñanza de la filosofía en todas las carreras. En 1967, que fue un año muy importante, los principales dirigentes de la Revolución, y en particular algunos especialistas, proclamaron la búsqueda de una interpretación propia del marxismo. En consecuencia, cae en desgracia aquel marxismo soviético, y empiezan a surgir espacios que difunden otros tipos de marxismo.

En 1968, se cierran las Escuelas de Instrucción Revolucionaria, así como dejan de publicarse *Cuba Socialista* y *Teoría y Práctica*, con un editorial donde se decía expresamente que no se encontraba respuesta a ciertos asuntos en ese marxismo soviético, y que, por lo tanto, había que buscar una nueva interpretación. En 1967 aparece la revista *Pensamiento Crítico* y se difunde un pensamiento marxista diferente en otras publicaciones, que no es el caso enumerar. En términos de enseñanza de la filosofía marxista, el grupo intelectual de la Universidad de La Habana vinculado a *Pensamiento Crítico* propone —y pone en práctica en 1968— un nuevo programa de enseñanza del marxismo, denominado Historia del Pensamiento Marxista. En esta decisión influye una serie de situaciones políticas, referentes a la correlación entre Cuba y la Unión Soviética, y que dará lugar a este cambio.

Poco después, a partir de 1970, esta correlación se modifica nuevamente, en medio de la guerra fría, la incorporación de Cuba al CAME, etc., y provoca la eliminación de este espacio abierto para búsquedas marxistas, de manera que se adopta, definitivamente, el marxismo soviético.

Desde los años 20, esa tendencia había sido cuestionada por los propios marxistas, pues no era revolucionaria en la práctica ni en la teoría, y, por tanto, tampoco en su enseñanza. Su antecedente había sido el marxismo de la II Internacional, positivista y reformista, muy criticado, entre otros, por Lenin. Entre sus características estaban ser metafísico, ontológico, objetivista, especulativo; en fin, no revolucionario y, en definitiva, no marxista. A él se debe la división del marxismo, tal como lo conocimos, en materialismo histórico, dialéctico, comunismo científico, e incluso, una especie de metodología del conocimiento científico.

Rafael Hernández: Natasha, cuando tú hablas de la renovación del marxismo por grupos como el de la revista *Pensamiento Crítico* y el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, ¿quieres decir que el marxismo que se enseñó en Cuba durante aquellos años 1967-70 era ese?

Natasha Gómez: No lo puedo afirmar.

Rafael Hernández: Natasha mencionó el componente político de la filosofía. ¿Es eso lo que explica que sea considerada como materia básica en la enseñanza?

Pedro Luis Sotolongo: Voy a hacer una brevísima introducción para que sepan de dónde viene el discurso que a continuación van a oír. Yo tenía dieciocho años acabaditos de cumplir cuando triunfó la Revolución; era idealista, epistemológicamente metafísico y creyente; pero nada de eso me impidió incorporarme desde el primer día al proyecto emancipador social cubano. A los veinte, Che Guevara me mandó a estudiar a la Unión Soviética, donde rezaba el rosario todas las noches antes de dormir; allí perdí la fe —entre el contacto con el marxismo y la vida cotidiana en un país laico— y no la he recuperado. Cuando me topé por primera vez con las ideas dialéctico-materialistas, me deslumbraron. Aquel fragmentado cuadro del mundo, desde mi metafísica y desde la formación religiosa que yo tenía, eclosionó de una manera para mí deslumbrante. Intento hoy seguir filosofando desde posiciones dialécticas y materialistas, si lo logro o no, son los que leen mis trabajos los que juzgarán. Ya no soy un marxista deslumbrado, conozco la tierra firme del marxismo y también sus lagunas, sus fortalezas y sus debilidades, como toda otra corriente de pensamiento. Desde esa experiencia personal voy a hablar.

La pregunta que hace Rafael se explica como que la masificación de una formación filosófica determinada es apreciada como consustancial a un proyecto de emancipación socio-político. Eso para mí genera, a estas alturas de mi vida, más que respuestas, interrogantes que quiero compartir con ustedes. ¿Necesita un proyecto emancipador político-social una formación filosófica única? ¿Es un obstáculo para la integración de tal proyecto la presencia de una diversidad de perspectivas filosóficas? ¿Cuáles de ellas sí serían inevitablemente antagónicas con un proyecto emancipador social y político? ¿Qué lleva a un hombre o a una mujer a integrarse conscientemente a ese proyecto? ¿Qué lleva a un joven idealista, metafísico y creyente, a integrarse desde el primer día a una revolución, que acto seguido masifica una filosofía dialéctico-materialista, y que proclama, muchos años después, un Estado ateo? ¿Qué lleva a este hombre o mujer a integrarse conscientemente a ese proyecto: su perspectiva filosófica individual o su sentimiento de inconformidad con otro proyecto social y político que siente como opresor? Por otra parte, ¿puede realmente masificarse una filosofía?, ¿hemos masificado nosotros la filosofía?, ¿debe y puede masificarse el materialismo y la dialéctica?

Pueden considerarse pros y contras. Un dato a favor es que si una perspectiva materialista y dialéctica resulta beneficiosa, masificarla también puede serlo. De otra parte, al hacerlo esa perspectiva se erige en Filosofía oficial. ¿Qué hacer con los que sinceramente no la comparten, aun compartiendo el proyecto socialista? En el caso del enfoque materialista, ¿qué sucede con los creyentes? Les dije que en mi caso yo perdí la fe, pero ¿y si no hubiera sido así? ¿Qué hubiera sucedido conmigo al oficializarse una filosofía como la materialista en un país como Cuba? Y aquí surge entonces otro factor en contra: con la masificación de cualquier filosofía surge la inevitable deriva hacia su simplificación y vulgarización.

Al cabo de medio siglo de esa masificación, de la que yo fui primero objeto y después sujeto, ¿los cubanos estamos siendo cada vez más materialistas y cada vez más dialécticos —o cada vez menos?

Xiomara García: Yo empecé a ser marxista desde que estaba en la barriga de mi madre, porque mi padre era profesor de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria (EIR) y mi madre estudiaba para prepararse y serlo después. Estudié en la Universidad de La Habana, entre 1979 y 1984; en el cuarto o quinto año de la

carrera me enteré de que existía un marxismo occidental, un pensamiento cubano y latinoamericano, y después me fui enterando de otras cosas. Tuve la suerte de estar en la Universidad Central de Las Villas en el año 1988, cuando se hizo el proceso de perfeccionamiento de la enseñanza del marxismo, y donde varios compañeros preparamos un programa y lo experimentamos. Tengo la suerte de que todavía hoy está vivo; nos hemos pasado todos estos años encima de él, corrigiéndolo constantemente, con mucho trabajo teórico.

Esa experiencia de nuestro colectivo dentro de la Universidad Central de Las Villas hizo que quedáramos como atravesados dentro de toda la marea que trajo el perfeccionamiento que, según mi criterio muy personal, provocó un ablandamiento teórico terrible, de excesivo pluralismo y renuncia a aspectos muy importantes de la formación teórica, que es uno de los elementos fundamentales por los cuales seguimos impartiendo Filosofía como asignatura básica. Todavía en mi aula sigo tratando de enseñar a mis estudiantes, con ese estudio teórico de las fuentes clásicas, a no caer en el manualismo. Pero hace poco una estudiante me dijo que en el manual «todo está facilito». Le expuse las ventajas y desventajas de ambos métodos. Llevamos tanto tiempo tratando de que no se estudie por el manual y, al final, sobrevive. Les expliqué que nos habíamos pasado años para que fueran una generación de personas críticas, que tuvieran un pensamiento vivo, y que no recibieran todo masticado. Hay que hacer el esfuerzo para estudiar por las fuentes clásicas.

La pregunta de Rafael a Natasha es muy importante, porque La Habana es un espacio clásico dentro del país, pero no el único. Habría que ver cómo se enseñó la Filosofía en el resto del país, qué estaba ocurriendo. Urge examinar el problema de la soviétización del marxismo, bajo la forma en que se realizó en los 70, y posteriormente. También es significativa la formación de los que van a enseñar Filosofía. El programa que yo estudié tenía defectos, pero mis profesores siempre me dieron la opción de la lectura de los clásicos, aunque el esquema del programa era manualesco.

Hay que trabajar dos cosas: una es la didáctica con la que se enseña; y la otra es que, al impartir Filosofía y sociedad, no se trata de transmitir simplemente un discurso filosófico hecho de conceptos sin vida. Los estudiantes deben sentir que esta no es una asignatura más, aunque no les guste. Porque la Filosofía no tiene ninguna garantía, ni es estimada por los estudiantes. Aparte de aprender los principios del profesional revolucionario, es necesario que asimilen la búsqueda, la importancia del trabajo teórico, del pensamiento crítico, que es una de las cosas más relevantes. Después de 1989, cuando se implementó el nuevo Plan de estudios, se multiplicaron las variantes de la enseñanza de la filosofía: para químicos, para historiadores, para veterinarios. Fue una vulgarización extrema, que ponía en riesgo el nivel teórico de la asignatura, condujo a una excesiva pluralización, en la que muchos profesores empezaron a impartir una ecléctica filosófica, que condujo a un ablandamiento del marxismo, a una confusión, que ha durado muchos años. Cuando se hace la crítica del DiaMat (Materialismo dialéctico e histórico), no se le debe identificar con el marxismo soviético, ni pensar que todos sus autores eran dogmáticos. Aunque haya sido necesario desechar el DiaMat, se trata de superarlo, y no botar también muchos de los problemas claves de la teoría clásica del marxismo. Esta depuración pasa por una discusión teórica entre los profesores implicados en el proceso de enseñanza.

Rafael Hernández: Xiomara ha entrado en buena medida en mi segunda pregunta. Hace veinte años se enseñaba la filosofía bajo circunstancias que no son las actuales. ¿Cómo cambia el contenido de la enseñanza de la filosofía en general? No me refiero particularmente a la que se les enseña a los filósofos en los programas de

licenciatura de las universidades, sino a la materia básica que se imparte fuera del ámbito de la formación filosófica profesional. ¿En qué cuestiones específicas se puede notar el cambio en la filosofía que se enseña?

Natasha Gómez: Soy profesora en la Licenciatura en Filosofía, y puedo hablar de esta experiencia particular, aunque también conozco algo de lo que se hace más allá. En esa especialidad, se imparte toda la historia de la Filosofía, con las distintas corrientes, aunque se mantiene como disciplina rectora la marxista-leninista, que ocupa tres o cuatro semestres. En términos generales, el parámetro para cambiar la enseñanza de la Filosofía en Cuba no radicó en un problema de crecimiento teórico de quienes la imparten, de familiarización con otras doctrinas, sino en un hecho político, la caída del mundo socialista. Este acontecimiento condujo a todo un replanteamiento, que llevó a los profesores a demostrarse a sí mismos que había que cambiar el discurso, discordante con esas realidades. Pero carecíamos de otra opción de discurso, porque habíamos sido marxistas, por exclusión, durante mucho tiempo; nos habíamos formado en una enseñanza del marxismo descontextualizada de la continuidad histórica de pensamiento que le dio origen. Hoy nos sigue costando trabajo decirle al estudiante por qué el marxismo es revolucionario, por qué es radical, por qué rompe con ese continuo de pensamiento histórico, cuál es su novedad, su vocación de transformación del mundo, y no solo de interpretación. Tenemos que hacerlo de manera declarativa, porque no enseñamos el marxismo desde un enfoque histórico crítico, precisamente para que el estudiante se de cuenta de en qué consiste la especificidad y por qué lo asumimos, con la reserva de las preguntas que Sotolongo formuló. ¿Estábamos preparados? ¿Qué vino a ocupar el lugar del marxismo? ¿Aquellos que se habían formado durante décadas en la enseñanza anterior, con un pensamiento y un discurso entrenados para este tipo de filosofía, estaban preparados para adoptar ahora otro programa? Tal vez lo que ocurre ahora es que, bajo otras problemáticas no clásicas dentro del marxismo, se está impartiendo el mismo marxismo soviético.

Pedro Luis Sotolongo: Yo me desenvuelvo en la investigación y no en la docencia, doy cursos de posgrado sobre temas dimanantes de la investigación que hago, y por lo tanto no tengo una percepción directa para contestar concretamente a esta pregunta. Sin embargo, como sí participo del ambiente filosófico, percibo indirectamente algunos rasgos que me hacen pensar que ha habido un proceso de intención modificativa de los contenidos que se imparten; pero noto una especie de zigzagueo en ese proceso. A veces estos cambios se han ido diluyendo en determinados campos, como decía antes Xiomara, pero otras se expresan de forma directa. Todavía se advierten formulaciones anquilosadas de tipo filosófico-manualístico, como si nada hubiera variado en el mundo.

En cuanto a fenómenos como el «comunismo científico», se trataba de teorizar «científicamente» sobre un sistema no existente en ninguna parte. Lo mismo ocurría con el llamado «ateísmo científico», que lo hacía sobre cuestiones concernientes a la fe, no a la razón; aunque tales intentos también han quedado atrás. Pero quizás alguno de los presentes tenga otras experiencias.

Xiomara García: Yo he impartido Filosofía marxista no solo en carreras de humanidades, sino en Ingeniería eléctrica, Veterinaria y otras. Un primer problema es el de la disciplina. Durante mucho tiempo, se hizo hincapié en el colectivo de esta, para garantizar los límites de cada una de las partes del marxismo —Filosofía, Economía, y lo que después de 1989 se llamó Teoría sociopolítica. A eso se suma que en las carreras humanistas se imparten también asignaturas de contenido filosófico, como son Historia de la filosofía, Pensamiento filosófico social

contemporáneo, donde conviven dos tipos de enfoque. También se enseña Estética en algunas carreras de Humanidades. Yo debo preparar al estudiante con la parte filosófica, para entregarlo a un profesor de Economía política, incluida la crítica de la economía política y la teoría socio-política. En ese proceso, se puede quebrar la integralidad de la formación del estudiante, debido a múltiples factores, como son el profesor a cargo de la asignatura o el trabajo del colectivo. Hemos respetado el pluralismo que tenemos en nuestros colectivos, y que ha dado lugar a discusiones teóricas en su seno. Se puede seguir enseñando eternamente el DiaMat bajo otros disfraces, y también otros dogmatismos, porque ese método no fue el único. Estas otras formas dogmáticas y vulgares del marxismo también pueden estar trasmitiéndose, en cierta medida, en nuestras aulas.

Aprecio una tendencia que se va extendiendo en el sentido de cuestionar la enseñanza de la filosofía. La universalización se basa en programas que vienen desde arriba y no dan libertad a los centros, como sí ocurrió a partir de 1989, cuando cada uno hacía su programa. Yo me considero incapaz de orientar a los profesores en ese programa de la universalización, porque no comparto teóricamente los postulados en los que se basa. Nos habíamos librado de esa excesiva centralización de los planes de clases, y ahora se vuelve a ella en la forma de la universalización de la enseñanza, se sigue reproduciendo el dogmatismo bajo otros modos y circunstancias. Ahora puede ocurrir que un veterinario se prepare para enseñar Filosofía marxista en los programas de la universalización. Y no siempre lo logran.

Rafael Hernández: Voy a abrir ahora las preguntas y los comentarios del público. Esta discusión puede tener derivaciones hacia problemas, campos, y otros asuntos alejados de lo que estamos discutiendo aquí centralmente, así que les pido concentrarnos en las cuestiones básicas que atañen a la problemática de qué filosofía se está enseñando.

Denia García Ronda: Se ha hablado aquí de la enseñanza universitaria de la Filosofía, y a mí me preocupa también la que se imparte en los niveles anteriores. Tengo la impresión de que se trata de una gran nebulosa que no se sabe para dónde va, sobre todo en los niveles preuniversitarios. Cuando yo estudiaba en el Instituto de Segunda Enseñanza, recibía clases de Historia de la filosofía, desde los griegos hasta el marxismo. ¿No sería conveniente, y mejor, preparar a los estudiantes que van a asumir carreras universitarias, cualesquiera que estas sean, con una base de lo que ha sido la filosofía en el mundo, como un proceso hasta llegar justamente al marxismo, en lugar de darles unos manuales? Porque se sigue enseñando por manuales, con cuarenta preguntas y respuestas, para que se las aprendan de memoria. No se trata de la masificación del marxismo, sino de aprobar una asignatura que se sustenta en esas cuarenta preguntas; lo mismo pasa en la universalización, e incluso en cursos de trabajadores o de otro tipo, que también se están impartiendo por manuales, de manera que cuando los estudiantes se gradúan, no saben ni marxismo ni nada más.

Hiram Hernández Castro: Antes de venir para acá, fui a Internet y puse en el buscador *enseñanza de la filosofía*, y encontré una buena cantidad de filósofos no cubanos que se quejaban de que en sus universidades se quería reducir la enseñanza de la filosofía. No se trata de la enseñanza del marxismo, sino de eliminar o reducir, en el currículo de las carreras universitarias, la enseñanza de la Historia de la filosofía. Es un problema que va más allá de Cuba y que responde a determinadas causas.

En segundo lugar, creo que es ineludible, al hablar del marxismo en Cuba, meter la mano en un océano de otros problemas. Existen varias periodizaciones posibles para examinar la enseñanza masiva del marxismo en Cuba. La primera se refiere a la

generación de avanzada, que se manifiesta en la polémica pública entre varias interpretaciones, no solo de las escuelas y las revistas, sino también en las polémicas sobre el cine, los problemas estéticos y de política cultural atravesados por el marxismo, y que constituyen también una forma de enseñanza; asimismo, el debate marxista en torno a la economía, en 1964, entre figuras como Carlos Rafael Rodríguez y Che Guevara. Y también la polémica sobre el manual marxista entre Aurelio Alonso y la revista *Teoría y Práctica*. Ese es el marxismo en la década de los 60. En cambio, en los 70, la discusión cede ante el dominio del marxismo soviético, que se enseña a través de un sistema escolástico, de manual. Otra generación, la de los 90, el estudiante se enfrenta a un profesor que tiene tantas dudas y preguntas como él. Actualmente, vislumbro que hay más variedad, la forma y el contenido del marxismo que se enseña depende de la escuela, la cátedra, el profesor, el nivel de información y sus posibilidades teóricas y políticas. Ya no hay, por ejemplo, un solo tipo de manual de marxismo, sino manuales y publicaciones de la tradición marxista que son profundamente revolucionarias.

Tenemos que ver el marxismo no solo como una asignatura específica, pues también afecta la forma en que organizamos la educación misma. Por ejemplo, hay que preguntarse por qué no se ha socializado la educación popular, por qué no se enseña a Paulo Freire en Cuba como debiera, ya que es una filosofía y una praxis de la enseñanza muy revolucionarias.

Alexis Jardines: Cuando leí el tema de este panel, «¿Qué filosofía se enseña?», no pensé encontrarme con uno dedicado a «qué marxismo se enseña». Esa reducción a la filosofía marxista es muy peligrosa, así como confundir el marxismo soviético con el estalinista. Mi punto de vista es que los programas de «Filosofía» —así, entre comillas— deben ser cambiados, reestructurados, pero según otra concepción de la filosofía. A fines de los 80, cuando entró el posmodernismo aquí, yo me preocupaba porque alguien pudiera tildar esas corrientes como diversionistas, como ajenas al marxismo o se desviarán de sus principios. Desde la cuna, lo único que oímos es marxismo, y yo sigo pensando que no es filosofía. Hay que someter todo esto a una revisión radical, para rebasar esa confusión, y para que quienes diseñen los programas no sean ideólogos, sino filósofos.

Sergio Zamora: He impartido clases de filosofía durante cerca de veinte años, fundamentalmente en la enseñanza preuniversitaria, y siempre me encuentro con el mismo esquema dentro del estudiantado. Cada vez que yo entraba al aula, los estudiantes me hacían una pregunta: «¿Y para qué marxismo?». Lo hemos impartido, lamentablemente, sobre conceptos, conceptos y conceptos, no lo materializamos en los problemas de la realidad. Pienso que sí se debe continuar su enseñanza en Cuba, pero la del clásico, que es muy dialéctico, como parte del conocimiento sobre otras corrientes y pensamientos filosóficos. El marxismo es muy rico desde el punto de vista filosófico, no solo político, y no debe impartirse con el dogmatismo que se ha usado.

Lamentablemente, no se ha enseñado la filosofía que se debe dar en Cuba, los estudiantes no saben quién fue José Agustín Caballero, ni el padre Valera. Pueden ver sus apogemas en la televisión, como parte del lenguaje ideológico, pero no materializan el pensamiento de Valera en las aulas, ni el de José de la Luz y Caballero, o Enrique José Varona, filósofos que están en correspondencia con el pensamiento martiano. Al propio Martí se le enseña como la expresión más acabada del siglo XIX, a partir de aquellos antecesores, y ahí se acabó la historia de José Martí. Inmediatamente, a golpe de hoz, los estudiantes caen en el marxismo-leninismo dogmático.

Es necesario, además, incluir el pensamiento marxista cubano. Sería útil, antes y después del curso de marxismo, hacer encuestas entre los estudiantes para saber qué piensan que van a aprender o qué aprendieron. En la Cuba actual, y desde hace mucho, se está imponiendo un marxismo desde el punto de vista ideológico y político, que crea una dicotomía entre el pensamiento y la sociedad en su conjunto.

Norma Mederos: Enseño en el Instituto Superior de Arte, pero tuve la suerte de estar vinculada a cómo se enseña la filosofía en los preuniversitarios, y participé en una investigación al respecto en los 80. Natasha ha dicho que el problema de que la enseñanza de la filosofía no se ha movido en correspondencia con el crecimiento teórico que ha habido en Cuba en estos años, sino con determinados imperativos. Prefiero ser tolerante, lo que no significa que no sea exigente. La tolerancia me permite mirar el porqué de algunas decisiones en determinados momentos. Nos podemos seguir cuestionando por qué masificar la enseñanza de la Filosofía —esa es una pregunta interesante—, si no tenemos todas las personas necesarias preparadas, como para impartirla. Creo que Filosofía debe ser una asignatura básica porque está relacionada con el oficio de pensar; es una disciplina desde la cual podemos entrenar ciertas operaciones de pensamiento en los estudiantes. Ahora, una cosa es filosofía y otra filosofía marxista. ¿A qué le hemos llamado filosofía marxista? ¿Qué significa ser marxista o no serlo? Yo lo soy, y no tengo problemas en reconocerlo en ningún lugar. Hace muchos años que estoy dando clases, y me da mucha vergüenza cuando no puedo responder una pregunta de un alumno. Es la responsabilidad de todo el que se enfrenta a la docencia.

El oficio de pensar tiene que ver con la necesidad, y en eso podemos ser útiles los filósofos, la necesidad de recuperar una línea de pensamiento cubano electivo, de no ser acrílicos ante las fuentes, de ver qué saberes nos permiten darles respuesta a determinadas problemáticas que tenemos que enfrentar en nuestro quehacer diario.

Felipe Pérez: Confundimos filosofía con ideología, de ahí se deriva un conjunto de problemas. La filosofía tributa, como cosmovisión, como oficio del pensar, a una conciencia teórica que puede estar en la ideología, pero no necesariamente es ideología.

Desde el punto de vista de la ciencia y del conocimiento, el problema fundamental de la filosofía no es necesariamente el problema fundamental del conocimiento. En la medida en que yo tenga una mayor formación filosófica, voy a desbrozar mejor el conocimiento, pero el problema fundamental del conocimiento tiene que ver con la praxis.

Un tercer tema es que cuando hablamos de qué filosofía se enseña, no solo hay que poner en la mesa la filosofía, sino también cómo se enseña, el estado de la pedagogía y la didáctica, así como de las ciencias sociales en Cuba. Como decía Wenceslao Rosas, el marxismo tiene que abrirse a todo, esa es una de sus fortalezas, y todavía no logramos verlo así.

Norma Gálvez: Si nosotros tuviéramos filosofía de verdad en los preuniversitarios, quizás no nos estuviéramos cuestionando por qué tiene que estar en todas las carreras universitarias. Porque la enseñanza de la filosofía no es más que la formación de una concepción del mundo. Yo no tengo valor de dar una asignatura como Filosofía y sociedad, porque mis alumnos, que son músicos y actores, tienen tantas interrogantes y yo tan pocas respuestas, para que ellos puedan explicarse dónde están, cuáles son sus perspectivas de vida, para qué les sirve todo.

A veces me cuestioné, siendo vicerrectora docente del Instituto Superior de Arte, donde trabajo, ¿para qué a un violinista le hace falta tanta historia de la filosofía?

En el ISA no impartimos Filosofía y sociedad, ni Economía política, ni Teoría social, sino Historia de la filosofía, donde se incluyen esos otros conocimientos, así como en Estudios cubanos. Estoy en contra de que haya filosofía con tantos apellidos como especialidades.

Yo fui profesora de Comunismo científico, pero lo hacía según mi criterio. Recuerdo que un epígrafe del programa era «El comunismo, futuro radiante de la humanidad». Para mí era imposible impartirlo, y le pedía a un colega que lo hiciera en mi lugar. Pero no hay que estigmatizar el materialismo dialéctico, pues su método de análisis debe rescatarse.

Si los estudiantes que entran a la universidad carecen de una buena formación de historia universal y de Cuba, ¿cómo poder desarrollarles el oficio de pensar? Para explicar los fenómenos sociales y los procesos de desarrollo histórico se requiere un nivel cultural. De ahí los graves problemas para la enseñanza de la filosofía.

Enrique López Oliva: El problema de la filosofía es que se convirtió en un adoctrinamiento, que me recuerda mucho el que yo recibía de los jesuitas; pero muchas veces me parece un mal adoctrinamiento, con todo el esquematismo y todo el dogmatismo que viene de esas otras escuelas, que puede tener su influencia en el desarrollo del marxismo soviético y en los largos años de Stalin como estudiante en el seminario de la Iglesia ortodoxa rusa, lo que influiría mucho en el marxismo soviético. La cuestión es si se enseña filosofía, o una doctrina política sacralizada, y se ha vuelto una especie de religión secular.

Armando Chaguaceda: Si vamos a renovar la enseñanza de la filosofía marxista, tenemos que chocar con el tema de quiénes son los clásicos, cosa que a mí me empieza a inquietar. A partir de Engels y Marx, se incluyó a Lenin, que fue el primero en teorizar sobre la primera experiencia de Estado no capitalista triunfante, después de la Comuna. Se plantea la cuestión de incluir también a Rosa Luxemburgo, o a Antonio Gramsci. Es decir, que es necesario re-examinar el propio concepto de clásico del marxismo. Corremos el riesgo de dar un tipo de pensamiento marxista clásico, circunscribiéndolo a Marx, Engels, y quizás Lenin, y ahora está de moda también Luxemburgo y Gramsci. Pero no se analiza la obra de Trotski, Preobajenski, Plejánov, y todos los demás. Y el marxismo como filosofía política no puede prescindir de esos nombres. La alternativa a esto es embelesarnos con pensadores del liberalismo, lo que también nos pasa. Eso significa que deberíamos tener un texto de Filosofía y sociedad, o de otra asignatura, que contenga los clásicos del marxismo, a todos los liberales que después de la década de los 90 empezaron a utilizarse en las clases, pero también a Gramsci, a Derrida, a Perry Anderson, así como a los marxistas latinoamericanos.

La segunda cuestión es: si desde la filosofía política utilizamos el marxismo, tenemos que, desde el marxismo, leer los problemas de la teoría política, y los de las sociedades que han erigido el marxismo como sustento teórico de un modelo de Estado. Si hacemos un marxismo crítico desde la docencia y la investigación, hay que usarlo para leer y criticar la realidad de las sociedades que se erigen en anticapitalistas, y no solo para analizar el capitalismo.

Rafael Hernández: Chaguaceda, permíteme una pregunta. En tus cursos de Filosofía política, ¿el contenido de las clases lo decides tú?

Armando Chaguaceda: Sí.

Rafael Hernández: ¿Tú podrías hacerlo de cualquier otra manera? ¿Eres el único que la imparte?

Armando Chaguaceda: En mi departamento, soy el profesor responsable de la asignatura.

Rafael Hernández: ¿Y puedes hacer los cambios de contenido que estimes necesarios?

Armando Chaguaceda: Creo que no tengo limitaciones para hacer esos cambios.

Rafael Hernández: Gracias.

Ernesto Fernández: Soy profesor de Filosofía del Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona y, en teoría, debo colaborar en la formación de los profesores de esa materia en el resto de las enseñanzas. Hay dos problemas claves en su enseñanza en la educación secundaria y preuniversitaria. El primero es que existe una confusión muy grande, porque no se entiende como una dimensión de la formación cultural del joven o del estudiante que tenemos en cada espacio. Se trata de ver todo el conocimiento cultural de la humanidad en una sola ciencia que es la filosofía, y eso es un grave problema hoy para el que lo está recibiendo.

El segundo es el de la didáctica de las ciencias sociales. Hay un divorcio en la enseñanza de todas las ciencias sociales y, en particular, entre la historia y la filosofía. Los profesores de Historia enseñan una acumulación de hechos, pero no el desarrollo del pensamiento en cada época, vinculado a estos; no enseñan a pensar de esa manera porque el plan de estudios no lo incluye.

Se hizo un intento válido de transformar la asignatura, lo que hoy se llama, en la enseñanza preuniversitaria, Cultura política. En esta materia se trata de mostrar al marxismo como un resultado cultural de su época y de todo el conocimiento precedente, e incluye una unidad dedicada a la historia de la filosofía. Ahora mismo estamos iniciando la discusión de la transformación de ese programa de Cultura política, así como de formación del profesor de Filosofía, que ya no se están graduando. Actualmente, el problema real en la escuela cubana no es solo qué filosofía se enseña, sino quién la imparte, pues se trata de alguien que no tiene esa formación específica. A mí me toca, entre otras responsabilidades, atenderla en la ciudad de La Habana. Los profesores de Cultura política pueden ser desde el auxiliar de contabilidad del centro hasta uno de Educación laboral, porque nadie quiere asumir esa tarea. Eso explica que hoy lleguen a la universidad los jóvenes no solo creyendo que el marxismo es la única filosofía, sino ignorando el cuerpo teórico, la posibilidad de aplicación de la teoría marxista al resto del proceso de enseñanza.

Rafael Hernández: Le devuelvo la palabra al panel. Mi tercera pregunta es si sería necesario renovar la situación actual de la enseñanza de la filosofía, y por qué.

Pedro Luis Sotolongo: Mi respuesta a esa pregunta es, categóricamente, sí. Como apuntaron algunos asistentes, se requiere abordar la historia del pensamiento filosófico, marxismo incluido; y, por supuesto, priorizando mucho el cubano, desde las polémicas filosóficas del siglo XIX. Dentro de la historia de este tipo de pensamiento, es necesario no satanizar el posmodernismo. No estoy de acuerdo con todo lo que este dice, pero tiene aspectos muy reivindicables con los que también se puede estar de acuerdo. Es necesario seguir nuestra tradición de pensamiento filosófico, que empezó abierta a las corrientes filosóficas contemporáneas, nutrirnos de ellas, y contribuir a enriquecerlas.

Quiero apuntar que está ocurriendo una mutación cualitativa en el saber contemporáneo. En la Cátedra para el estudio del pensamiento de la Complejidad, hemos tenido una situación privilegiada en cuanto a mantenernos al tanto de ese proceso del conocimiento, que todavía no se difunde lo suficiente en nuestro país.

Hay una nueva manera de hacer ciencia: holística (no analítica), no lineal, organizada transdisciplinariamente. Este proceso atañe también a la filosofía, porque están mutando las bases del saber, no solo el ámbito empírico y el teórico de este, sino sus bases mismas, sus ideales, el estilo de pensamiento que pone en juego el saber, sus normas y valores más generales; están cambiando respecto al saber en el que fuimos formados. Se trata de una transformación en el terreno donde se articula el saber filosófico y el científico, y está ocurriendo ante nuestros ojos, lo que les plantea un reto a todos los *ismos*, al nuestro y a todos los demás. Ya no se puede, tampoco, desde la filosofía, abordar integralmente ningún problema en el saber contemporáneo, tenemos, además, que nutrirnos de muchos otros.

Por último, lo que se ha planteado nos debe llevar a una reflexión más profunda. No es igual la coyuntura en que se empieza a abordar un proyecto social y político emancipador, como estábamos nosotros en 1959, y se debata cómo hacerlo bien, a la situación actual, cuando ha transcurrido medio siglo, con aciertos y desaciertos, y tratar de hacer bien lo que hemos hecho mal ahora es mucho más difícil. Oyendo este debate uno se percata de la complejidad del fenómeno. Sin embargo, viendo aquí muchos jóvenes, pienso que se trata de un final abierto, pues son ellos los que tendrán que arreglar lo que nosotros hemos descompuesto.

Natasha Gómez: Comparto todas las inquietudes y cuestionamientos que se han planteado aquí. Hace mucho que pensamos en lo mismo. Este cambio que hace unos años se produjo en la concepción de la enseñanza de la filosofía debió ser convocado para todos nosotros. Han involucrado a una gran masa de personas en este empeño de enseñanza masiva de la filosofía, y sin embargo no hubo un debate abierto para tratar estos problemas.

Yo también tengo cuestionamientos y preguntas, que quiero hacer constar. La primera: suponiendo que incluso renovemos esa enseñanza de la filosofía marxista, ¿el estudio del marxismo hace marxistas a las personas? La segunda: bajo la ficción de que sea posible enseñar filosofía, ¿adónde iría a parar la reflexión, la crítica, la imaginación teórica de la clase de filosofía, en un sistema de enseñanza positivista y normativo? Tercera: ¿existe compatibilidad entre la posibilidad de mejorar la enseñanza de la filosofía —lo cual implica soberanía de pensamiento, y la salida del hombre de la minoría de edad— y un sistema de enseñanza paternalista?

Xiomara García: Tenemos un problema común: la necesidad de una renovación, no de la eliminación de la enseñanza de la filosofía, pues se trata de una cuestión cultural, que incide en el desarrollo del pensamiento. El otro problema que está planteado es el político. Como decía Natasha, se requiere que los profesores de Filosofía estén implicados directamente, por su papel en la formación política. En mi experiencia como profesora, siento que el resto de las materias se han ido ablandando teóricamente, y tributan poco a la formación de ese profesional. Veo estudiantes que se graduaron de la universidad y es como si nada hubiera pasado, pues hay otra realidad que se los come. Les podemos enseñar dialéctica, a nivel teórico, mientras que allá afuera la vida está empíricamente sucia, y no reproduce la dialéctica de manera natural. La enseñanza no refleja ese fluido práctico en el que la teoría debería estar viviendo. La realidad del país, con todas sus exigencias, nos presiona, y tenemos que seguir manteniendo un compromiso de salir adelante, de cambiar sin perder rumbo.

Rafael Hernández: Xiomara mencionaba, en su primera intervención, que hay estudiantes que quisieran estudiar la filosofía por un manual, y que su tarea como profesora era la de tratar de enseñarles que lo simple no vale la pena aprenderlo. No he oído a nadie nunca lamentarse de la existencia de manuales de Álgebra, ¿por qué

será? ¿Será porque el álgebra es más libre? ¿O porque el manual de Filosofía tiene otra connotación? ¿Quizás no se trata tanto del manual mismo como instrumento de enseñanza, sino de cierta manera de pensar en los términos del manual?

Para terminar con esta lista casi ilimitada de preguntas, quiero volver a la relación entre la filosofía de los filósofos y la que se enseña en las escuelas. Permítanme ilustrar este problema con un ejemplo de otra actividad distinta. Si les preguntáramos a un grupo de escritores que están debatiendo acerca de la creación literaria, si es importante o no cómo se enseña la literatura en los preuniversitarios, seguramente dirían que es ahí, en la enseñanza, donde se forman los lectores que van a apreciar las obras literarias; y, como decía Sartre hace tiempo, la cuestión de para quién se escribe resulta clave. De manera idéntica, la manera de pensar la filosofía se forma también en esos otros ámbitos, que no son las instituciones filosóficas donde se investiga o se desarrollan nuevos enfoques. Por esa razón, entre los muchos problemas que se le pueden formular a la filosofía, decidimos hacerle solo esta pregunta clave: ¿cuál es la que se enseña?

Como ven, tenemos más preguntas e inquietudes que respuestas y conclusiones. Pero las que todos ustedes han hecho, y las que ha formulado el panel, nos permiten reflexionar sobre algo que está más allá de un campo determinado: ¿en qué medida, cuando entramos en el debate de un problema como este, estamos penetrando en una realidad que rebasa eso que suele llamarse «el radio de acción de cada cual», es decir, nuestra corta, singular experiencia?

Gracias a todos por su participación.

Participantes:

Xiomara García. Profesora. Universidad Central de Las Villas.

Natasha Gómez. Profesora. Universidad de La Habana.

Pedro Luis Sotolongo. Investigador. Presidente de la Cátedra de la Complejidad del Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Rafael Hernández. Politólogo. Director de *Temas*.